

Sergi Castillo Prats

TIERRA DE SAQUEO

La trama valenciana de Gürtel



Título: *Tierra de saqueo*

www.tierradesaqueo.com
facebook.com/tierradesaqueo
@tierradesaqueo

© 2013 Sergi Castillo Prats

© José Luis Peñas Domingo, por el Prólogo

© iStockphoto, por la imagen de portada

© 9 Grup Editorial
Lectio Ediciones
c./ Muntaner, 200, ático 8.^a
08036 Barcelona
T. 93 363 08 23 / F. 93 363 08 24
www.lectio.es
lectio@lectio.es

Primera edición: octubre de 2013

ISBN: 978-84-15088-95-0

DL: T-1154-2013

Impreso en Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de ninguna manera ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Sergi Castillo Prats

TIERRA DE SAQUEO

La trama valenciana de Gürtel

Prólogo de José Luis Peñas

Cuadrilátero
de libros 

Índice

| | |
|---|-----|
| Prólogo de José Luis Peñas | 11 |
| Testimonios | 15 |
| Casos de corrupción pendientes de resolución en la Comunidad Valenciana | 19 |
| | |
| Introducción | 21 |
| Tierra de saqueo | 27 |
| 1. El virrey | 31 |
| 2. Estalla el caso | 81 |
| 3. La caída del mito | 141 |
| 4. Camps, ante el juez | 195 |
| 5. Un sueño | 231 |
| 6. El archivo (temporal) | 321 |
| 7. La pesadilla | 381 |
| 8. Hacia la victoria final | 441 |
| 9. La dimisión | 485 |
| 10. La nueva etapa | 499 |
| | |
| Anexo: La factura del despilfarro y la corrupción | 507 |

Prólogo

Era un día de diciembre de 2005. Yo ya estaba absolutamente decidido y ya lo había hablado con mi mujer. Cogí lo que tenía por casa, un pequeño mp3 del año 2000 con función de grabadora y me lo coloqué en el bolsillo de la americana. Cuando tuve a Paco Correa delante de mí, la grabadora ya estaba en marcha. Grabando. Así empezó esta historia.

Ignoraba con qué podría encontrarme. Solo estaba seguro de que los denunciaría. Hacía unos años ya había llevado a fiscalía pelotazos urbanísticos en mi ayuntamiento, Majadahonda, y precisamente por eso me habían expulsado del PP. Sabía que Paco Correa estaba metido en irregularidades, pero jamás imaginé la dimensión de todo aquello: el mayor caso de corrupción de la historia de España.

La excusa para estar con ellos era la formación de un partido independiente en Majadahonda. Ellos querían ayudarme —para después utilizarme— y me convertí en una persona de su confianza, pasamos mucho tiempo juntos.

Conocí a Correa en mi boda, celebrada en 2001. Él era el marido de mi compañera de trabajo Mari Carmen y lo invité porque así me lo indicó mi entonces jefe y amigo Guillermo Ortega. Sin saberlo, me situé en una atalaya desde la que podía divisar la corrupción en España.

Durante dos años estuve grabándolos a escondidas, un total de más de ochenta horas de conversaciones. Algunas inservibles, por el ruido o por fallos técnicos. No soy un profesional. Dos años dan para ver, oír y grabar muchas cosas. Tuve miedo, sentí pánico, quise dejarlo... Absolutamente asqueado, me convertí en un ateo político.

Yo me vi ante un conglomerado de empresas que servían al PP y que constituían un nido de auténticas víboras, de negocios sucios, oscuros y mafiosos. Si bien lo grave era todo lo que hacían, a mí me sorprendía cómo lo hacían.

Paco Correa, Pablo Crespo y Álvaro Pérez sentían un desprecio miserable por la sociedad, por sus mujeres y por sus familias. Presencí cómo insultaban al camarero que les servía, gritaban al taxista que los trasladaba o maltrataban a sus empleados. Ellos se sentían por encima del bien y del mal. Se sentían dioses. Impunes ante todo. Solo respetaban aquello que les servía para su fin.

Hay que recordar quién era Correa en aquella época. Se trataba de una de las personas más poderosas de España. Multimillonario. Cenaba con el presidente Aznar todos los meses, se iba de vacaciones con el yernísimo Agag, tenía negocios con Berlusconi... Ministros, senadores y congresistas lo llamaban para sus *business*...

Durante un tiempo, en diciembre de 2005, se marchó de su casa y se instaló en el lujoso hotel Gran Meliá Fénix de Madrid, donde alquiló dos *suites*. Todo lo hacía a lo grande. Allí despachaba con los altos cargos del PP de Madrid, Valencia, Baleares... En el salón de ese hotel es donde encendí por última vez mi grabadora el 12 de diciembre de 2007 y recogí, con el sonido de un piano de fondo, la frase en la que decía que había llevado «mil kilos» a Bárcenas de comisiones en el Ministerio de Fomento y sus alardeos por el negocio que iba a hacer

con Paco Camps con motivo de la Fórmula 1 en Valencia. La alusión a Bárcenas ha puesto de relieve la implicación en el caso de la cúpula de un partido y su máximo dirigente, Mariano Rajoy. Los alardeos demuestran el control que tenían en una comunidad autónoma en la que hacían lo que querían y por donde la corrupción campaba a sus anchas.

Los pagos en dinero o en especie —trajes, camisetas, relojes o vehículos de alta gama— eran la moneda de pago corriente que recibían los miembros del Partido Popular por facilitar, agilizar o directamente adjudicar contratos públicos a las empresas del caso Gürtel. Si bien todos los actos cumplían aparentemente con la legalidad, todos escondían un trapicheo u otro, en algunas ocasiones tan burdo como se está demostrando en la Comunidad Valenciana, comunidad que tienen el triste privilegio de tener los dos primeros condenados en firme por la trama Gürtel, uno de ellos un vicepresidente de gobierno, nada menos.

Es duro, muy duro saber que tu decisión, siendo la correcta, te va a acarrear los mayores males inimaginables. Yo asumí que mi destino sería más duro que la travesía del desierto de Gobi: insultos, descréditos, mentiras, represalias, violencia. Hubo seguidores del PP que me escupían cuando paseaba con mi hijo de apenas unos meses en brazos.

Me sorprende que todavía me pregunten por qué lo hice. Por qué denuncie. Era mi obligación como ciudadano. Pudo más el amor que el temor. El amor a dejar a mis hijos un mundo siquiera una milésima mejor que el que era cuando nacieron. Cuando se corrompe el político, el dinero no llega a su destino: faltan ambulancias, policías, profesores... La corrupción no es solo un delito económico sino, en última instancia, un auténtico atentado contra el Estado de bienestar.

No les extrañe que el PP no hable, no haga comentarios:

simplemente no puede. Siendo Mariano Rajoy el responsable político último de haber dejado hacer a la trama, ¿cómo van a hablar? Confío en que los jueces actúen rectamente: el Partido Popular debe ser juzgado conforme a la Ley de Partidos Políticos por asociación ilícita y debe ser suspendido hasta la total devolución de todos los miles de millones de euros robados, estafados, desaparecidos.

En este libro aparecen todos los protagonistas de la corrupción en España y en la Comunidad Valenciana: políticos, periodistas, grandes empresarios, funcionarios de todos los niveles... El lector se sumergirá en una época informativa trepidante y descubrirá lo cercanos que están los protagonistas de todos los casos que nos escandalizan. Quizá usted, amigo lector, tenga un buen amigo o conocido, quizá su propio jefe no sea ajeno a este caso de corrupción.

Siendo un niño contemplé por primera vez el mar en Valencia, ahora veo el primer libro sobre Gürtel nacer en el mismo lugar. Que un periodista de aquella tierra, joven e investigador, se atreva a dar un paso adelante y recoja los testimonios de los políticos e informadores que han vivido el caso de cerca es un orgullo para todos los valencianos. Que alguien ose levantar la voz en la autonomía donde el PP ha cometido tal sinfín de tropelías, donde gobierna con mano cercana a la dictadura, tanto en las instituciones política como en los juzgados, en los resortes policiales y económicos, es casi propio de un autentico héroe.

Invito a los lectores a luchar contra la corrupción sea del tipo que sea. Unos denunciando, otros informando y otros, valientes como Sergi Castillo, buceando en las letrinas del caso para darnos una nueva luz sobre el mismo.

JOSÉ LUIS PEÑAS

Tierra de saqueo

Voluntariamente ofrezco este sacrificio personal para que Mariano Rajoy sea el próximo presidente del Gobierno, para que el Partido Popular gobierne España y para que España sea esa gran nación que los españoles queremos. Un sacrificio personal y un sacrificio político y familiar. Dejo la presidencia de la Generalitat. La dejo en este mismo instante. Inocente. Completamente inocente de las barbaridades que durante estos años se han dicho de mí, como las otras tres personas que están también en un mismo absurdo, brutal proceso que nadie entiende, que nadie comprende, que es falso. Y que el día de mañana muchas personas —no como yo—, tendrán que bajar la cabeza por la barbarie que han ido cosiendo para tapar la ilusión democrática, legítima y de libertad del pueblo al que represento, que es el pueblo valenciano.

Francisco Camps pronunciaba aquellas palabras el 20 de julio de 2011 a las cinco en punto de la tarde ante las mismas piedras colocadas hacía casi seis siglos en el patio gótico del edificio medieval que alberga la sede de la Generalitat, en el corazón de Valencia. Un escenario cargado de simbolismo y testigo de multitud de contingencias históricas y políticas

desde que en 1418 Alfonso el Magnánimo convirtiera la Generalitat en el órgano de administración de los fondos del Reino de Valencia y decidiera dotarla de su propio edificio.

En su origen, la Generalitat administraba los donativos e impuestos ofrecidos por los tres brazos integrantes de las Cortes, el eclesiástico, el militar y el civil. Aquellas mismas paredes albergaron la Real Audiencia tras la guerra de sucesión y la derogación de los fueros, el revolucionario Comité Ejecutivo Popular de Valencia durante la contienda de 1936 y la Diputación Provincial durante la dictadura franquista. En 1982, con la llegada de la autonomía, se recuperó su uso original y, en 2003, Camps se convirtió en el tercer presidente electo en ocupar el emblemático edificio decorado con obras de Juan de Juanes, Mariano Benlliure, Francisco Ribalta o Jerónimo Jacinto Espinosa.

El mismo presidente Camps culminó la rehabilitación de la dependencia más antigua para convertirla en la sala donde se reunía su gobierno y colocó en cada pared un cuadro representativo: uno de Jaume I el Conquistador, otro del piadoso Padre Jofré y un tercero del humanista Luis Vives.

Ahora comparecía derrotado, con la *senyera* de fondo y acompañado de sus personas más cercanas —entre ellas su mentora y protectora, la alcaldesa de Valencia Rita Barberá, que aquella tarde había cambiado su uniforme rojo por un riguroso luto— para anunciar que abandonaba el cargo de presidente que ostentaba desde hacía ocho años.

Bajaba del trono para sentarse en el banquillo.

La Comunidad Valenciana es lo más grande que hay en el mundo. Eso lo aprendí en mi casa, de mis mayores y lo he transmitido también a mis hijos. Somos los mejores, este es

el mejor territorio, la comunidad más grande de España y la mejor región de Europa, y por eso han ocurrido las cosas que han ocurrido.

Lo que había ocurrido era el estallido del caso Gürtel en el cénit de su carrera y la revelación de sus íntimas relaciones con los miembros de una trama corrupta que había saqueado los fondos públicos de la Generalitat. Francisco Camps estaba imputado por corrupción y acusado de un presunto delito de cohecho pasivo impropio por el que iba a ser juzgado en el Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana.

Según todos los indicios, Camps había aceptado varios trajes de la red de corrupción. Aquellas prendas de vestir habían acabado con su carrera, pero pronto se descubriría que no se trataba de un hecho aislado. Bajo su mandato, la Generalitat había alcanzado las cuotas de corrupción y degradación más altas de cualquier institución europea.

Camps no entendía por qué tenía que ser él quien pagara por todos los pecados de su partido. Debió de pensar que la denominada «rama valenciana de Gürtel» y los «tres trajes» que le atribuían eran una anécdota para un partido que, según la investigación y los testimonios, llevaba décadas financiándose de forma ilegal, cuyos miembros de la cúpula, incluido el presidente Mariano Rajoy, habían ido recibiendo sobresueldos de pagos en dinero negro procedentes de empresarios a los que compensaban con adjudicaciones de contratos públicos.

1. El virrey

«Amistad, que no dinero.» El lema está inscrito en una vieja talla de madera de roble que, colgado detrás de la barra, preside el clásico mesón. En el escudo situado justo encima, apenas pueden intuirse los restos de lo que un día fue el dibujo de la *senyera* de Jaume I, un castillo y un toro bravo. Completan ese peculiar altar vertical un conjunto de época formado por un trabuco, una porra y una espada y, un poco más lejos, una balanza, el símbolo de la justicia.

Francisco Camps, Esteban González Pons y Gerardo Camps acudían a diario a aquel local, un mesón situado en la calle Artes Gráficas de Valencia, a espaldas de la facultad de Derecho y muy cerca del estadio de Mestalla. Corrían los años ochenta y ellos eran jóvenes estudiantes a los que tiempo después apodarían «el clan de la Gomina». El nombre del establecimiento era premonitorio: El Agujero.

En aquel bar, debajo de aquella frase, «Amistad, que no dinero», y entorno a un café con leche, los tres mantenían largas tertulias sobre política y deporte, las dos pasiones del líder del grupo, Francisco Camps. En 1982 Camps se había afiliado a Alianza Popular y, al poco tiempo, fichó a sus amigos Esteban y Gerardo, por entonces presidente y secretario de la Asociación Independiente de Estudiantes. En cuanto a

su segunda pasión, Camps era hincha del Valencia Club de Fútbol: su abuelo no solo había sido fundador del club sino que también había hecho posible la construcción del estadio del Valencia C.F. en 1923.

Francisco Enrique Camps Ortiz (Valencia, 1962) se crió en la pedanía valenciana de Borbotó, al norte de la ciudad. Su familia materna era del Cabanyal y la paterna, de Poble Nou, donde él nació. Le pusieron Francisco por su padre y Enrique por su abuelo. Se educó en los jesuitas de Valencia y todos lo definen como una persona creyente, practicante, de misa dominical.

Su abuelo Enrique era un emprendedor que puso en marcha una empresa familiar de transportes. En los años setenta, sus padres montaron una fábrica de género de punto y los hijos ayudaban.

Se casó con la novia que tenía desde COU, Isabel Bas, y tuvo tres hijos. Estudió Derecho, pero nunca llegó a ejercer de abogado. En aquellas charlas en El Agujero hablaban de sus sueños, de su futuro, de las posibilidades personales que se les abrirían cuando terminaran la carrera, pero sentado en aquel mesón, Francisco Camps no llegó a imaginar nunca en el verdadero agujero por el que terminaría cayendo cuando alcanzara lo más alto de su carrera política.

A sus más fervientes seguidores les gustaba decir que Paco es una persona hecha a sí misma que ha ido escalando posiciones poco a poco. Que lo ha sido todo en el partido. Incluso había hecho de conserje en la sede de Alianza Popular. Él mismo explicó en abril de 2007 a *El País* que cuando se afilió al partido le dieron las llaves para quedarse en un local en el que no había nadie, tan solo un joven de buena familia del centro de Valencia, Fernando de Rosa, al que años más tarde

haría conseller de Justicia y vicepresidente del Consejo General del Poder Judicial.

¿Por qué se afilió? Le preguntaron en una entrevista en *Telva*. «Me dolía la falta de peso que tenía Valencia en las noticias nacionales. Aunque ahora estamos apareciendo demasiado... Pero en fin. Yo pensaba: “Si los valencianos somos los mejores, ¿cómo es posible que no ocurra nada en Valencia, ni coches, ni motos, ni juegos olímpicos, ni exposiciones...?”. Y mire ahora.»

Entre 1983 y 1999, Camps fue asesor del Grupo Popular, concejal de Tráfico, de Hacienda, portavoz del Gobierno municipal, diputado nacional y conseller de Cultura, Educación y Ciencia. En enero de ese mismo año, Camps fue llamado por José María Aznar para ocupar el segundo escalón del gobierno, al frente de la secretaría de estado de Administraciones Territoriales. Y poco después era nombrado vicepresidente primero del Congreso. Tanto en 1996 como en 2000, época de máximo esplendor nacional del PP, encabezó la lista al congreso del PPCV por la provincia de Valencia, lo que le otorgó una gran popularidad y lo convirtió en uno de los principales activos del partido.

A lo largo de todo este recorrido por el escalafón administrativo y durante su presencia en Madrid, Camps fue conociendo a personas que serían clave para él. En su etapa en la capital de España vivió en casa de Juan Cotino, con quien había compartido buenos momentos cuando los dos eran concejales del gobierno de Rita Barberá. Cotino era entonces director general de la Policía. Aquella alianza entre los tres demostraría ser sólida y permanecería inalterable durante mucho tiempo.

En julio de 2002, el presidente del Gobierno, José María

Aznar, vive sus días de gloria. Todavía no ha estallado la guerra de Irak ni se ha celebrado la pomposa boda de su hija en El Escorial cuya ostentación fue objeto de crítica hasta por parte de los medios de comunicación más cercanos, pero una molesta huelga se lleva por delante al ministro de Trabajo, Juan Carlos Aparicio, y el presidente echa mano para el cargo de una persona con talante y buena imagen en Madrid: Eduardo Zaplana.

Éste pensaba que se había dejado todo atado y bien atado en Valencia. Su número dos en el gobierno, José Luis Olivas, ocuparía temporalmente la presidencia de la Generalitat —a la espera de un destino relevante, como la presidencia de Bancaja— y Camps aguardaría el máximo tiempo posible al frente de la Delegación de Gobierno para beneficiarse de los logros de Aznar y poder presentarse en las elecciones de 2003 como candidato infalible.

Y así fue. Camps se convirtió en 2003 en el tercer presidente autonómico elegido en las urnas, el sexto en ocupar el cargo por detrás de Josep Lluís Albiñana, Enric Monsonís (preautonómicos), Joan Lerma, Eduardo Zaplana y José Luis Olivas. «Yo jamás me he acomodado en ningún cargo. Podría seguir siendo concejal del ayuntamiento con Rita, pero fui aceptando retos —declaró Camps en su última entrevista—. Empecé ordenando el tráfico y terminé dirigiendo todo el escenario, que es lo bonito, lo que a mí me gusta. Es que al final mi bagaje es impresionante...», presumía sin conocer qué es la modestia.

Camps fue el primer mandatario de la Comunidad Valenciana que hizo su discurso oficial de investidura íntegramente en valenciano, jurando su cargo sobre la Constitución, el Estatuto de Autonomía, un ejemplar de *Els Furs* de Jaume I y